



AVISO LEGAL

Artículo: El modernismo filosófico en América

Autor: Sánchez-Gey Venegas, Juana

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 5, año VII, núm. 41 (septiembre-octubre de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Sánchez-Gey, J. (1993). El modernismo filosófico en América. *Cuadernos Americanos*, 5(41), 109-121. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL MODERNISMO FILOSÓFICO EN AMÉRICA

Por Juana SÁNCHEZ-GEY VENEGAS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

AL ACABAR LA LECTURA DEL *ARIEL*, viene a la mente que Rodó convence, sin apenas argumentos. Argumentos los hay, pero en *Ariel* convence sobre todo el tono, la perspectiva más que el peso concreto de las convicciones, algunas no acordes ya con estos momentos. Rodó posee la fina inteligencia de quien vislumbra el núcleo de claridades y apuesta por ellas; sugiere el futuro de América y dice mucho acerca de cómo ha de conducirse este continente. Nuestra propuesta se basa en la filosofía rodosiana. Tal vez se nos podría decir que en un ensayo filosófico hay más intuición que pensamiento sistemático y, en efecto, esta misma condición es la que se nos presenta más propensa a la verdad; un mensaje más cercano que algunos sistemas cargados de artificio, y no tanto de expresividad vivida y presentida.

La obra de Rodó se encuadra entre las de pensamiento crítico, que tienen como característica la reflexión de algo vivo y creador de alternativas. Rodó se centra sobre lo que es el continente americano y arriesga una propuesta. América se pregunta por su identidad, y teniendo en cuenta que ésta se refiere a una pluralidad de áreas culturales diferentes entre sí, su tratamiento debe ser flexible. Identidad y flexibilidad serán las coordenadas que marquen el itinerario de este continente al tiempo teórico y concreto en su problemática trágica y cruda; creador a la vez que algo cansino y amodorrado por la situación que le rodea; agresivo y dulce en su trato cotidiano; radical y dilatado en el terreno de sus proyecciones.

La hora histórica de Rodó es compleja y, por tanto, tremendamente humana; hemos venido llamándola "la crisis de fin de siglo" con lo que supone de agonía y de revulsivo crítico al mal que sufren y a la esperanza que, al mismo tiempo, resplandece en la mente de estos pensadores de acá y de allá. Si entendemos por identidad

“esa propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales”, diríamos que a fin de siglo se siente el deseo de recuperar el raciocinio, el goce del sentimiento, el adiestramiento de la sensibilidad y la profundización de la cultura a fin de reconocer y reconocerse en el hombre. “La modernidad no es renunciante y negarse a ella es suicida, lo es también renunciar a sí mismo para aceptarlo”.¹

Este fin de siglo genera una amplia gama de movimientos literarios, artísticos y filosóficos, tanto en España como en América, que desean recuperar su pasado pero con amplias perspectivas para el futuro. Rodó pertenece al modernismo, que es un movimiento de libertad, deseo de belleza, convincente y profundo en ideas. En sentido amplio, debe entenderse como una nueva sensibilidad ante una etapa crítica, que requiere una reforma social e intelectual, y dicha reforma pasa por una nueva forma de sentir; ello suscita un movimiento literario semejante a esa forma especial de la madurez que adquiere un individuo y una colectividad cuando se expresan desde su intimidad.

Nuestra opinión es que el modernismo decimonónico procura zambullirse en las ideas y en la incitación del pensar, del sentir reflexivo y creador, no obstante la duda. Además del modernismo literario nos interesa esa corriente que se produce en Europa entre los años 1890 y 1910 y tiene uno de sus orígenes en el debate entre teología y ciencia, Iglesia y mundo. Es más, la denominación literaria viene sugerida por la posición heterodoxa respecto del catolicismo tradicional, que había sido condenada como “modernismo” por Pío X y León XIII, y cuya polémica más dura coincide con las dos últimas décadas del siglo.

El modernismo filosófico, como el literario, descansan en un profundo simbolismo que, mediante la estética, rompe cualquier estrechez racionalista, que jamás aprehenderá la vida. Así, se ha podido decir que se enlazan filosofía y literatura; aún más: que lo mejor del ensayo americano está escrito en prosa modernista. Cuando en 1899 Rodó publica un estudio sobre *Prosas profanas* de Rubén Darío, señala su proximidad con el modernismo:

Yo soy un modernista también; yo pertenezco con toda mi alma a la gran reacción que da carácter y sentido a la evolución del pensamiento en las postrimerías de este siglo; a la reacción que partiendo del naturalismo literario

¹ Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1982, p. 19.

y del positivismo filosófico, los conduce, sin desvirtuarlos en lo que tienen de fecundo, a disolverse en concepciones más altas.²

En Rodó hay una personal conciencia ética y estética, que fue característica de los krausistas y modernistas del XIX. En *Ariel* se proponen altos ideales, que junto a teorías más o menos metafísicas significan una antropología que apuesta por una vida austera de amor a la ciencia. Hay una palabra sobre todo: armonía. En definitiva, la versión hispánica del modernismo significa una actitud entusiasta por el arte y un talante crítico y radical ante la situación histórica. Así se encuadra la reflexión filosófica, que no sólo cuestiona problemas generales, sino que se ocupa también de los problemas concretos de cada pueblo. Juan Ramón Jiménez, poeta modernista que reflexiona en profundidad acerca de dicho movimiento, afirma:

es un movimiento general, es lo mismo en política, es lo mismo en sociología; es el momento en que la gente revisa la historia, para ver qué se puede aprovechar, en política o en sociología, de lo antiguo y cómo se varían nuestras ideas modernas.³

José Enrique Rodó, educado en el positivismo del XIX, reaccionó pronto contra este movimiento y sin claudicar de ciertos contenidos positivistas, se encamina hacia metas que amplíen el dato positivo a esferas trascendentes.⁴ Pedro Henríquez Ureña califica a Rodó como "el primero, quizá, que entre nosotros influye con sólo la palabra escrita". Mario Benedetti trata el modernismo rodosiano según su aspecto literario y percibe cercanías, pero también distanciamientos. Creemos que el acercamiento se refiere específicamente al aspecto filosófico, Rodó impulsa una sensibilidad que trae libertad y nuevos aires a la crisis espiritual de fin de siglo, y así lo testimonia:

Y yo, que como el que más gusto, en el arte literario, de lo que esencialmente es arte; yo que venero la forma, el estilo, y me deleito en el color, no por eso limito mi concepto de la literatura a lo que en ella hay de desinteresado, de

² José Enrique Rodó, *Prosas profanas*, 1899.

³ Juan Ramón Jiménez, *El modernismo. Notas en torno de un curso* (1953), México, Aguilar, 1962, pp. 222-223.

⁴ José Enrique Rodó, "Rumbos nuevos", en *Obras Selectas*, Buenos Aires, El Ateneo, 1956, p. 288.

asimilable al juego, como del arte opina Spencer; sino que he creído siempre en la trascendencia social, en lo que tiene de propaganda de ideas, de eficaz instrumento de 'labor civilizadora'.⁵

Estas interpretaciones y la trayectoria de su pensamiento nos sugieren tres grandes líneas en la reflexión rodosiana:

a) La primera tiene que ver con lo afirmado por Henríquez Ureña. Se refiere a que Rodó fue uno de las primeras voces que reivindicó en América la común raíz hispana de estos pueblos, y reveló asimismo la posibilidad de oponer a Estados Unidos todo un haz de naciones, unidas por la herencia, la lengua y el pasado comunes. "Españoles y americanos coincidirán también, y esto es acaso uno de los resultados más importantes de la nueva ideología, en buscar, cada uno desde su punto de vista, los lazos profundos que unen al mundo hispánico".⁶

b) La segunda trata de la condición ética. Rodó propone ante todo una lección de moral, la que en nada se asemeja a una moral restrictiva ni al ánimo complaciente del que no descubre lo realmente importante. Rodó propone la moral más libre y más humana. Por esta razón, sugiere en diversas ocasiones la importancia de la vocación personal. En los *Motivos de Proteo*, recuerda que la conversación y la amistad son las alas que mueven a la fuerza creadora:

La conversación, ese común y sencillísimo instrumental de sociabilidad humana, con que los necios ponen en certamen su necedad; con que los frívolos hacen competencia a los ruidos del viento; con que los malvados tientan los ecos del escándalo; la influencia fecunda en sugerencias, que acaso llegan a fijar el superior sentido de una vida, cuando vale para que entren en contacto dos espíritus.⁷

El tema de *Ariel* surge también de una conversación. En ella el Maestro, como Maestro de la Vida, guía de toda la literatura de los viajes iniciáticos que culminan en *El críticón* de Gracián, incide en temas tan vitales como el ético y el estético.

c) La tercera tiene contenido estético. Si hemos dicho anteriormente que el modernismo promueve la armonía, es importante

⁵ José Enrique Rodó, Carta a Manuel Díaz Rodríguez, 20 de enero de 1904.

⁶ Ángel del Río, *El concepto contemporáneo de España*, New York, 1962, pp. 24-25.

⁷ José Enrique Rodó, *Motivos de Proteo*, cap. 1v.

destacar que esta armonía no se prescribe desde una normativa negativa, centrada en deberes y castigos, sino que es una incitación a que el hombre desenvuelva toda su capacidad moral, la cual viene de la mano de un alto sentido estético: “aquellos que exigirían que el bien y la verdad se manifestasen invariablemente en formas adustas y severas, me han parecido siempre amigos traidores del bien y la verdad”.⁸

Tal vez estas propuestas rodosianas, la identidad como comprensión de las raíces culturales, la renovación ética y su estética de la armonía, son problemas que podrían releerse con toda vigencia en esta crisis del presente final de siglo. Las palabras de Mario Benedetti exponen la polémica que abrió el *Ariel* desde su publicación, y la lectura que se le quiere

Como en todo sueño, en la visión de Rodó sobre la concordia hispanoamericana, hay mucha realidad distorsionada. Pero también la realidad sufre distorsión en las pesadillas que nos enseñan a soñar quienes mediatizan nuestras naciones. A diferencia de las frustráneas pesadillas, los sueños *nobles* y *altos* sirven de estímulo. De los pueblos hispanoamericanos va a depender que la realidad corrija y mejore aquel futuro soñado por Rodó.⁹

La tradición cultural

LA filosofía es la reflexión de una realidad que aparece problemática. Queremos decir que nunca se da una filosofía en sí, sino que la reflexión filosófica se hace en un soporte cultural y desde una peculiarísima interpretación y experiencia personal:

Pero no veo la gloria ni el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos —su genio personal—, para imponerles la identificación con un modelo extraño, al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu, ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e imprevistos de imitación.¹⁰

Gilbert Azam, reconocido hispanista y buen estudioso del modernismo, dice al respecto: “El noventayochismo se preocupa por

⁸ José Enrique Rodó, *Ariel*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 73.

⁹ Mario Benedetti escribe una obra dedicada a Rodó, *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires, EUDEBA, 1966. Nosotros recogemos estas citas según una nueva edición de *La realidad y la palabra*, Barcelona, Destino, 1991.

¹⁰ José Enrique Rodó, *Ariel*, p. 110.

la identidad nacional; el modernismo por la identidad cultural".¹¹ El hispanista Edwin Elmore¹² sitúa a Rodó entre los tradicionalistas liberales y, en efecto, muchas de sus obras tratan del mantenimiento de lo tradicional frente a prejuicios contrarios; esta interpretación la expone entre otros artículos en: "La tradición en los pueblos hispano-americanos", "La filosofía del Quijote y el descubrimiento de América", "El nacionalismo catalán", "Ibero-América", "España niña", "Magna patria", "Una bandera literaria".

José Gaos, exiliado en México hasta su muerte, comenta con entusiasmo la fe del pueblo hispanoamericano y la relaciona también con la ética y la estética, como venimos diciendo: "una fe en la virtud pedagógica, en lo ético y en lo político, de lo estético, que tiene su formulación más alta acaso en *Ariel*".¹³

La verdad, la más de las veces, es discreta al sentimiento aunque clara y contundente en el pensar. Rodó no piensa en voz baja sino en voz alta y, a veces, crudamente. Critica lo que llama artificio o mentira, que es en lo que consiste, según el pensador uruguayo, el panamericanismo:

Es así como la visión de una América deslatinizada por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquetipo del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros interesados por nuestro porvenir, inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra nordomanía.¹⁴

A esta reflexión añade Rodó que no estaría en desacuerdo en que un pueblo imite los valores y la grandeza de cualquier otro, que va encaminado a un desarrollo, pero nunca esta imitación tendría que suplantar las raíces culturales que identifican a cada grupo humano. La obra de *Ariel* adquiere verdadera singularidad cuando Rodó propone la identidad americana. Tras la afirmación contundente de que no puede haber gloria alguna en el trasplante artificioso de la América del Sur por la nordomanía, pone el dedo en la

¹¹ Gilbert Azam, *El modernismo desde dentro*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 80.

¹² Edwin Elmore, *Sobre el españolismo de Rodó*, Lima, Sanmartí y Cía., 1919.

¹³ José Gaos, *La filosofía de la filosofía*, Barcelona, Crítica, 1989.

¹⁴ José Enrique Rodó, *Ariel*, p. 110.

llaga, y rechaza con aversión: el auge desmedido del positivismo, el abandono de la ética, el abandono de la estética.

No trataremos estos temas ahora, pues los analizaremos más adelante; no obstante, constataremos que Rodó critica el pragmatismo norteamericano por su sentido altamente utilitarista. El tema de su reflexión es más inquietante y tiene que ver con el sentido de la vida y, específicamente, con el sentido de la historia de los pueblos. Éste es uno de los textos en los que Rodó se centra y a los que Clarín alude cuando dice en el prólogo a *Ariel*:

En esto de la unión, con toda clase de lazos, entre españoles peninsulares y españoles americanos, soy radical —yo que lo soy en tan pocas cosas—, y además un soñador a prueba de frialdades y desengaños. Creo en la futura unidad de la gran familia ibérica, y en que, después de realizada, ha de parecer error inexplicable el que no se hubiera realizado antes.¹⁵

Rodó, afirma Mario Benedetti, fue el primero en levantar su voz contra una civilización que sólo promovía una actividad subordinada a lo útil y también el primero en lamentar una cultura que convenía rectificar. Rodó se refiere a Spencer cuando decía “que era necesario predicar a los norteamericanos el Evangelio del descanso o del recreo”.¹⁶ El prólogo de Clarín a esta obra es de una finísima reflexión al respecto, y él mismo lo resume así:

Se dirige a la juventud americana, de la América que llamamos latina, y la excita a dejar los caminos de Calibán, el utilitarismo, la sensualidad sin ideal, y seguir los de Ariel, el genio del aire, de la espiritualidad que ama la inteligencia por ella misma, la belleza, la gracia y los puros misterios del infinito.¹⁷

Clarín, como Rodó, exhala los aires krausistas y modernistas del momento, y ambos apuestan por la belleza, la armonía como requisito que plenifica la vida. En esta búsqueda de lo armónico, de lo integral, hay que matizar la identificación rodosiana como unión a lo que somos de veras, alejados de “la conciencia infeliz” hegeliana. En esta armonía se implican por igual lo peculiar y lo solidario, lo diferenciado y lo semejante en el ser humano excluyendo ese género de estulticia que, buscando el rasero común, emborriona la seguridad de nuestros pasos hacia una meta que promueva la claridad y

¹⁵ *Ibid.*, p. 25.

¹⁶ *Ibid.*, p. 121.

¹⁷ *Ibid.*, p. x.

permita solidarizarnos con los otros. Pues sólo mediante la riqueza de nuestro pasado promoveremos las claves que nos posibiliten vislumbrar el porvenir. Lo contrario no sería más que dar palos de ciego en un marasmo inútil.

No creemos que Rodó se refiera, en modo alguno, a la esencia de la americanidad, como si de un carácter eterno y abstracto se tratara; sino de unos caracteres que constituyen sus propias raíces culturales. Habla del espíritu que es ser uno mismo antes que otra cosa, y ser sí mismo no responde a una identidad inocua sino a una realidad flexible tanto a la tradición como al progreso. Ésta es la memoria que vivifica y proyecta el futuro en toda su complejidad. Clarín matiza esta idea:

Combate el utilitarismo primero, en lo que tiene de exclusivo, de limitado; y jamás he visto demostrada con tanta elocuencia la falta de idealidad final, de propósito definitivo y digno del hombre, de esa tendencia que, perdiéndose en los pormenores de la vida ordinaria, nos oculta el vacío de sus últimas indeterminadas aspiraciones.¹⁸

Una reflexión sobre la ética

AL modernismo americano le matará la falta de vida psíquica. Se piensa poco en él, se siente poco (1897).¹⁹

A Rodó le interesa especialmente una revolución ética, pues sin esta transformación radical en el hombre no habrá solución para América. Ahora importa sobre todo la vida del hombre y tenerla en cuenta supone asumir que ‘‘hay algo irracional, como la vida misma del hombre lo es’’.²⁰ Desde este planteamiento critica el positivismo que resultó ser una teoría reductivista de la realidad más honda e incluso densa de misterio, que es el hombre. Si no atendemos a este aspecto, el hombre no sería tal, pues serlo equivale a dudar y a soñar, a proyectar y a sufrir, y estos caracteres —si bien no son medibles científicamente— constituyen la realidad humana. Por esta razón, creemos que Rodó se inserta de modo más pleno en el modernismo, pues como corriente filosófica es más receptiva para las peculiaridades humanas y propicia valores artísticos, espirituales, sabiduría, sentido lúdico, ideales estéticos... Desde

¹⁸ *Ibid.*, pp. X y XI.

¹⁹ Mario Benedetti, *La realidad y la palabra*, p. 154.

²⁰ Wilhelm Dilthey, *Obras Completas*, vol. VII, p. 218.

esta posición rechaza el utilitarismo y el industrialismo como males "modernos" de la sociedad actual.

Hay autores, como José Luis Abellán, que afirman que el modernismo es profundamente ideológico y responde básicamente a la búsqueda de una identidad cultural propia.²¹ Dicha ideología supone, por una parte, crítica del positivismo y naturalismo dominantes; por otra, propicia una ensoñación del hombre y su papel como constructor de su vida. Aún más, en el modernismo se unen de singular manera la poesía y la filosofía en un intento de explicar la desolación del hombre en el mundo. Así dice Octavio Paz que la fuerza del modernismo en América es consecuencia de su repulsa al positivismo; y Ricardo Gullón comenta la singularísima concepción modernista rodosiana, que se refiere, fundamentalmente, a su sentido hispanoamericano y a la intención de conducir el continente con rectitud y justicia.²²

En definitiva, el modernismo tiene estas tres radicales aportaciones: la propuesta moral, la estética y el reconocimiento de España. Este especial estado de conciencia y sensibilidad ha sido contundentemente expresado por diferentes autores y comentaristas. Pero tal vez sea Gilbert Azam quien lo exponga con mayor razón cuando dice "el modernismo plantea una nueva definición de los valores humanos en el mundo moderno".²³

Rodó, como había expresado Ortega en *La rebelión de las masas* con la diferenciación del hombre selecto y hombre-masa, distingue entre individuos irresponsables y amorfos y aquellos otros, inquietos y tenaces, que idean alas para su constante superación. Ésta es, según Rodó, la primera misión que el hombre tiene en y ante la vida: orientarla, y la orientación consiste en asumir una tarea intelectual y volitiva. Esto supone una misión ética, porque en la vida hay que acometer tanto una tarea personal como científica. Esta ciencia sólo deberá entenderse bajo una unidad sistemática, que recoja el sentido histórico, y por tanto, la misión del hombre en el mundo. Si esto no es así, la actividad científica no será más que un cúmulo de ideas abstractas y confusas, y la confusión no trae más que descontento. Así ha sucedido con el cientificismo, que ha llevado aparejada la desorientación de la función intelectual hasta

²¹ José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, vol. II, p. 43.

²² Ricardo Gullón, pp. 16-17.

²³ Gilbert Azam, *El modernismo desde dentro*, p. 80.

admitir su ausencia. Sin embargo, una filosofía que atienda de la forma más completa a la realidad aceptará la limitación como un bien mejor que cualquier dogmatismo que restrinja la verdad a lo medible, y propiciará la modestia en nuestras convicciones, la tolerancia y la imparcialidad.

En fin, el modernismo pide sobre todo una renovación espiritual que renueve cosas viejas y las haga nuevas.²⁴ De aquí que exista el empeño de conciliar el desarrollo de las ciencias con la fe y una preocupación por un humanismo autónomo. Esta preocupación se observa en una carta de José Enrique Rodó a Miguel de Unamuno, que abunda en el tema:

En América sigue predominando la literatura de abalorios, juguetes chinos y cuentas de cristal. Luchamos por poner en circulación ideas; por hacer pensar; por formar público para el libro que trae *quelque chose dans le ventre* como dice Zola. Estos pueblos son escenario muy pequeño (para empresas de orden intelectual), en la actualidad; pero nos anima el que el porvenir de ellos es grande y seguro. Es nuestra única ventaja.²⁵

En el modernismo se unen de singular manera la poesía y la filosofía en un intento de reintegración del hombre en el mundo, “aprender de nuevo a ser humano”.²⁶

Un propuesta estética

RODÓ se encuentra en la tradición del pensamiento español, que promueve siempre una renovación íntima que atañe principalmente a la ética y, en este caso también, a la estética. El bien se alcanza al unísono con la belleza, “nunca la criatura humana se adherirá de más segura manera al cumplimiento del deber que cuando, además de sentirlo como una imposición, lo sienta estéticamente como una armonía”.²⁷

En *Ariel* se propone una renovación íntima porque en ella está el secreto de una auténtica personalidad. Sorprende, de alguna manera, percibir que Rodó no sólo admite la importancia de la racionalidad sino también de la sensibilidad, lo cual explica la complejidad y la peculiaridad que es el ser humano en su íntimo reconocerse. En este sentido, Rodó parece superar el frío formalismo de

²⁴ José Luis Abellán, p. 71.

²⁵ José Enrique Rodó, Carta a don Miguel de Unamuno, 1901.

²⁶ George Steiner, *Presencias reales*, Barcelona, Destino, 1991, p. 15.

²⁷ José Enrique Rodó, *Ariel*, p. 73.

la ética kantiana que prescribe el deber en razón del deber mismo, y estaría más cercano a las éticas del sentimiento que actualmente tienen mayor vigencia. “A medida que la humanidad avance, se concebirá más claramente la ley moral como una estética de la conducta. Se huirá del mal y del error como de una disonancia; se buscará como el placer de una armonía”.²⁸

De este modo, se proclama el progresivo desarrollo de una civilización cuyo destino es la perfección como libre expresión de todas las energías que conducen a la meta de la generación humana, y nunca con sentido restrictivo de la capacidad integradora y expansiva del hombre. “Atenas supo engrandecer a la vez el sentido de lo ideal y el de lo real, la razón y el instinto, las fuerzas del espíritu y las del cuerpo”.²⁹

Este desarrollo expansivo de la naturaleza humana suscita los más nobles sentimientos y logra la libertad y las virtudes sociales de tolerancia frente a cualquier tipo de prejuicios que atene a los individuos a cadenas eminentemente particularistas o de partido. Critica cualquier tipo de hombre unidimensional, que tanto deplorará la Escuela de Frankfurt en estos tiempos, y cualquier miopía, venga del lado que viniere.

En este sentido deben entenderse las críticas de Rodó al utilitarismo y no puede decirse que sea defensor de un ocio *diletante*, tan inusual en las sociedades modernas, sino que Rodó procura el desarrollo de la vida humana en toda su amplitud. En esta trayectoria conmueven algunas de sus metáforas, como la del madero de la cruz: “Por fortuna —dice, aludiendo a la filosofía de Nietzsche—, tales ideas no prevalecerán mientras en el mundo haya dos maderos que se puedan colocar en forma de cruz”.³⁰ La metáfora es bella, sugerente y delata, además de un ágil estilo literario, un sentido de la vida. *Ariel* es un símbolo y promete un sueño de realidades no reductibles a la idea de que el progreso se pueda entender en un único sentido. Intenta exponer que la técnica es parte de la vida y que el pragmatismo sajón no constituye la raíz cultural del pueblo hispanoamericano. De ahí la defensa del hombre como realidad integral, como proyecto que arraigue en la tradición y en la cultura que acoge lo humano. “El modernismo presentaba un cambio total de valores estéticos, el cambio a una estética que buscaba interpre-

²⁸ *Ibid.*, p. 75.

²⁹ *Ibid.*, p. 61.

³⁰ *Ibid.*, p. 104.

tar la realidad y no sólo reproducirla. Una estética basada en la intuición y no en la lógica''.³¹

La estética es una puerta que abre al hombre una dimensión de infinitud que sostiene su anhelo de identidad. En este sentido hay que entender el modernismo de Rodó. "Es inmensa la parte que corresponde al don de descubrir y revelar la íntima belleza de las ideas, en la eficacia de las grandes revoluciones morales".³²

Pero ¿qué se entiende por modernismo? ¿De qué modo Rodó se siente modernista? Mario Benedetti contesta a estas preguntas en "Rodó, el pionero que quedó atrás" de su obra *La realidad y la palabra*. En ella recoge un sentimiento de Rodó a Unamuno: "tengo en mucho el aspecto artístico y formal de la literatura; creo que sin estilo no hay obra realmente literaria; y en la medida de mis fuerzas procuro practicar esa creencia mía".³³

El estilo es el medio rodosiano en su huella tras la estética. La estética encarna la observación selectiva de lo visto y las ilimitadas posibilidades de lo soñado.³⁴ Tras el estilo, Rodó anhela el espíritu. Y el espíritu es ser uno mismo antes que cualquier cosa. Ser uno mismo no responde a una identidad inocua sino a aquella flexibilidad que busca el amor a la tradición y al progreso. Rodó expone este sentir palpitante, ágil, rápido a veces, sintiente siempre en el que se percibe una especial emoción, que nos sobrecoge y nos desarma. Tras su lectura, caemos en una meditación más entrañada y cercana a lo real:

Y entonces la primera lectura de Rodó nos hizo comprender a algunos que hay una misión solidaria en los pueblos, y que nosotros dependíamos de todos los que dependían de nosotros. A él, en un despertar de la conciencia, debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana. ¡Y hasta por estar a mil leguas de las mecánicas preocupaciones políticas era más exacta esa noción! Hasta por desentenderse de toda esa andamiada jurídica del panamericanismo, y fundarse sólo en un impulso de colaboración superior que dicta el sentimiento y que la razón corrobora.³⁵

³¹ Lily Litvak, *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 123.

³² José Enrique Rodó, *Ariel*, p. 75.

³³ *Id.*, Carta a don Miguel de Unamuno, 12 de octubre de 1900.

³⁴ George Steiner, *Presencias reales*, p. 23.

³⁵ Alfonso Reyes, "Rodó. Una página a mis amigos cubanos" (1917), en *OC*, México, FCE, 1955, vol. III, pp. 134-135.

La historia es así compleja y llena de sentido, en ella se mezclan la psicología individual y la política colectiva, el amor a las artes y la búsqueda por la justicia.